

consisten la risa y las lágrimas de André Gide que tanto divertieron al diario ilustre de Moscú.

Sin embargo, nos parece oportuno recordar todavía algunos antecedentes del autor acerca del tema capital de su libro, para su más perfecta comprensión.

Como todo el mundo sabe, Gide fue a Rusia en ocasión de la muerte de Máximo Gorki, en cuyos funerales debía pronunciar un discurso oficial que aparece encabezando justamente, el apéndice de este libro. Pues bien, una sola línea de llamada a dicho discurso constituye, a nuestro juicio, la clave de todo el cambio de André Gide, cambio que no es tal si se recuerda su otro discurso en el primer Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura, realizado en Junio de 1935 en París.

En este magnífico ensayo más que discurso, Gide analiza la posición del escritor en la sociedad capitalista contemporánea para concluir que en ella la literatura que vale la pena tiene que ser inevitablemente una literatura de oposición. Aún admitiendo en Rusia un espectáculo sin precedentes y de una importancia ejemplar, donde el escritor en vez de ir contra la corriente puede dejarse llevar por su curso, no se olvida de añadir con absoluta lucidez:

"Es indudable que esto encierra sus peligros, pues la obra de arte implica una resistencia que vencer. Pero ya habrá más tarde tiempo para hablar de esta nueva dificultad".

Y el tiempo ha llegado quizá antes de lo que el mismo Gide pensaba. De ahí la *mise au point* de su despedida a Gorki. Por el camino del arte Gide había entrevisto su verdad y al reconocerla en la U. R. S. S. en construcción, no pudo menos que sentir la responsabilidad de subrayarla como artista.

En el ensayo o discurso ya citado del Congreso de París, Gide anotaba aún:

"Creo que es conveniente dejar a cada espíritu la libertad de interpretar los grandes textos a su manera. En caso de que saque de ellos una lección distinta de la corriente, de la oficial, diré, puede que después de todo tenga razón, o aún estando equivocado, su mismo error sea más provechoso que la ciega sumisión al punto de vista admitido. El fin de la cultura es la emancipación del espíritu y no su esclavitud".

A la luz de estos antecedentes conviene releer el *Regreso de la U. R. S. S.*, pues Gide no hace más que confirmarlos en todo sentido.

Lo más admirable para nosotros del libro de André Gide es su planteo de la situación rusa desde un punto de vista psicológico. Por

lo general, el escritor y en particular el novelista, prefieren adoptar una postura ajena a su verdadera índole. De ahí esos libros informes, llenos de números, con que ciertos poetas inseguros de los suyos propios, pretenden darse importancia. Gide deja esto a los técnicos y especialistas a cuyas alabanzas se remite generosamente.

Como D. H. Lawrence en aquel certero ensayo que se titula *The state of funk*, declara de entrada: *les questions psychologiques seules sont de mon ressort; c'est d'elles, et d'elles, seules, que je veux ici m'occuper*. Y, con una visión mucho más profunda que la de Lawrence, agrega: *si j'aborde de biais les questions sociales, c'est encore au point de vue psychologique que je me place-rai*.

Claro que no le resulta fácil a Gide ordenar sus reflexiones fuera de aquella selva oscura que lo atrae y en la que se pierde según su propia confesión, porque *les problèmes, ici s'entrecroisent et se chevauchent*.

El mismo Lawrence dice en el ensayo ya mencionado que está convencido de que los hombres desean ser más decentes de lo que les permite nuestro sistema social de pillaje y dinero; pero aún las cuestiones económicas le interesan a Gide por su repercusión psicológica. De más decir, pues, que es en este campo, que le es propio, donde Gide se mueve con mayor soltura y autoridad.

Los primeros contactos con los trabajadores, intelectuales y estudiantes de la U. R. S. S. llenan de júbilo al viajero occidental. Hasta la misma valla del idioma, tan sentida por el huésped, es superada por las sonrisas cordiales y las miradas de reconocimiento que le dirigen en todas partes. Gide duda de que la palabra pueda añadir más y exclama entusiasmado: *Oui, je ne pense que nulle part, autant qu'en U. R. S. S., l'on puisse éprouver aussi profon-*

*dement et aussi fort le sentiment de l'humanité*.

Aquí coincide del todo con Waldo Frank cuyo libro sobre Rusia se adelanta en este aspecto como en algunos otros, al *Regreso de la U. R. S. S.* Nuestro gran amigo americano, después de recorrer las principales ciudades del mundo, atraído siempre, antes por los edificios que por las gentes, anota asimismo que sólo en Leningrado le ha sucedido lo contrario. Allí se sorprende al día siguiente de su llegada canturreando feliz por las calles y hasta al despertar, como Rainer Maria-Rilke, muchos años atrás.

Un canto de admiración y de reconocimiento al formidable pueblo ruso es por entero el primer capítulo del pequeño libro de Gide. La potencia lírica del autor de *Si le grain ne meurt...* alcanza su nota más profunda al describir el desfile silencioso, recogido y melancólico de la muchedumbre de Moscú ante el catafalco de Máximo Gorki en la gran Sala de las Columnas. Este espectáculo de mujeres, niños y ancianos, casi todos mal vestidos, de rostros en los que se leía una especie de estupor entristecido, pero también, y sobre todo, una fuerza de radiante simpatía, ofrece a los ojos inteligentes de Gide, el esteta, algo más admirable aún que la belleza física de la adiestrada juventud comunista que ve desfilar pocos días después en la Plaza Roja.

Gide no escatima ciertamente el elogio a estos jóvenes. La descripción que hace de su encuentro con una partida de *Komsomols* en el tren que lo lleva, en compañía del Jef Last, Guilloux, Herbart, Schiffrin y Dabit, al Cáucaso, constituye por su fineza una estampa encantadora e inolvidable. Con razón considera este encuentro, lo mismo que sus compañeros, uno de los recuerdos mejores de su viaje en común.

Poco se detiene Gide en la pintura de los maravillosos paisajes

que atraviesan. Apenas los insinúa. Lo que le importa, como ya señalamos al principio, es el hombre y su comunión con los demás hombres, tan evidente en ese desfile que parecía venir del pasado, ante el catafalco de Gorki. Por alcanzar eso, de seguro, dice Gide que daría los más bellos paisajes del mundo. Y por lo mismo que lo ha experimentado tan profundamente en la U. R. S. S. a través del alborozo de los niños, de los juegos y entretenimientos de los jóvenes y de la amistad espontánea de los trabajadores, quisiera merecerlo aun más en el futuro. ¡La eterna preocupación de André Gide!

Por supuesto, lo que con ese fin y siempre desde su particular punto de vista proclama lleno de amor, en los otros capítulos de su breve libro, no lo pueden comprender los actuales mentores de la U. R. S. S., demasiado preocupados del presente.

Pero ¿qué es en resumen, lo que Gide echa de menos en la U. R. S. S.? En primer término, la ausencia total del espíritu crítico, a despecho del marxismo y la cultura. Una sola opinión es lícita sobre las cosas más diversas. Y para peor, las mentes se están haciendo ya a esta uniformidad. Lo que importa es estar en "la línea". El que está en la línea puede conseguirlo todo. El que se aparta de ella aunque sea un ápice, será difamado y víctima de las penas más severas. La democracia no existe en ningún grado dentro del Partido gobernante. La voluntad de su jefe es indiscutible.

*Pravda* enseña todas las mañanas lo que debe saber y creer el ciudadano soviético. De manera, dice Gide, que cada vez que uno habla con un ruso es como si hablara con todos. Lo que no indica necesariamente que cada cual obedezca a una consigna. Quien obedece a una consigna, subraya nuestro autor con perspicacia, puede por lo menos, sentir que no es libre. Mas si se le ha predestinado en tal forma que ya ni siquiera oye la consigna para responder a ella, el espíritu pierde hasta la conciencia de su servidumbre.

Sobre este peligro Gide insiste sagazmente con numerosos ejemplos. Los que han tenido oportunidad de tratar a semejantes idólatras de la U. R. S. S. en cualquier latitud, saben hasta qué punto es así. Porque el problema que se plantea el maestro francés no deja de ser universal como la cultura que compromete.

La misma "jactancia rusa" que Gide analiza de paso, fundándola en una carta de Gógol sobre la que le llama la atención Eugène Dabit, se puede observar en los comunistas oficiales de todo el

### Hágase de estos libros:

André Gide: <i>Regreso de la U. R. S. S.</i> . . . . .	¢ 2
Enrique José Varona: <i>Estudios y Conferencias</i> . . . . .	5
Marcelo T. Alvear: <i>Democracia</i> . . . . .	5
Manuel Romero de Terreros: <i>Historia sintética del arte colonial</i> . . . . .	2
Carlos H. Pareja: <i>Derecho Administrativo, teórico y práctico</i> . Especialmente adaptado a la Administración Pública del Estado Colombiano . . . . .	6
Alejandro Vicuña: <i>Crisóstomo</i> (San Juan)	3
Carlos Saavedra Lamas: <i>Por la paz de las Américas</i> . . . . .	5

Con el Adr. del Rep. Am.